

CAPÍTULO XI

SUMARIO

170. ¿Qué se hacía en la antigüedad de las reliquias eucarísticas?—

171. Ablución.—**172.** Acción de gracias.—**173.** El diácono animaba al pueblo para que las diese.—**174.** Oraciones varias.—

175. Última bendición que el obispo concedía al pueblo.—**176.**

El diácono despedía á éste al concluirse el Sacrificio.—**177.** Los diáconos, acólitos y aún los legos llevaban la Eucaristía á los encarcelados, enfermos, pastores y anacoretas.—**178.** De qué modo la conducían.—**179.** Los sacerdotes conservaban la Eucaristía en sus casas. En tiempo de persecución, los simples fieles la guardaban en sus domicilios y en éstos comulgaban.—**180.** Agapes, ó convites de caridad entre los cristianos.—**181.** Sus circunstancias. Modo, lugar, tiempo y género de alimentos.—**182.** Clases de agapes.—**183.** Cesación de los mismos.—**184.** Comunión eclesiástica, láica y peregrina.

170. Siendo el pan que debía ser consagrado en los primitivos tiempos, de forma común, y consagrando los sacerdotes varios de estos panes, precisamente debían de sobrar fragmentos, que serían asimismo, en mayor ó menor cantidad, atendido el mayor ó menor número de fieles que concurriese á la Comunión. De un modo semejante acontecía con el vino consagrado, acerca del cual había aún más incertidumbre en si sobraría poco ó mucho después de distribuído. Supuesto este principio, detengámonos por unos momentos en averiguar qué es lo que se hacía de semejantes residuos eucarísticos.

Es muy probable que cuando no había niños para que recibiesen las partículas eucarísticas, ó bien las sumiría el celebrante, ó las reservaría en el sagrario para los días siguientes: esto último parece más sostenible, atendido que no había necesidad de lo primero, y por otra parte, en las casas de los cristianos, destinadas á iglesias, existía un lugar á propósito para guardar la Eucaristía. Puesto que, como he indicado, esto podía suceder en toda la Iglesia universal, no obstante, existen pruebas positivas que demuestran la variedad que sobre el presente punto había. En la de Jerusalén, matriz de todas las demás, si sobraba algún fragmento eucarístico, no lo arrojaban en la piscina con objeto de que en ella se consumiera, sino que lo depositaban en un limpio copón, el cual colocaban en el sagrario, repartiéndolo al día siguiente á los fieles de diversas provincias, que concurrían allí á comulgar todos los días por especial amor á Jesucristo (1). En la de Constantinopla se daba á los niños impúberes é inocentes que frecuentaban las escuelas de gramática. Aquí sucedió un renombrado prodigio que no puedo menos de referir. Un niño judío que asistía á la escuela de los cristianos entró con éstos en el templo y recibió la Sagrada comunión, y volviendo á casa de su padre, preguntóle éste de dónde venía y qué es lo que había tomado en la Iglesia de los cristianos: el hijo respondió que había comido el Pan santo, y enfurecido el genitor lo arrojó en un horno encendido de vidrio, asegurando fuertemente la puerta; sin embargo el poder y misericordia de Dios son infinitos, y la Eucaristía que el niño tenía aún en su pecho, le libró de las voraces llamas. En Francia los miércoles y viernes de cada semana se daba la Eucaristía á los niños con tal que estuviesen ayunos. En otros lugares se observaron casi las mismas ó parecidas costumbres, que no desaparecieron del Occidente, al menos de Francia, hasta el siglo XII ó XIII.

171 y 172. Cuando todos habían comulgado, y después que

(1) Humberto. card., in respons. adv. Græcos.

las reliquias eucarísticas se habían colocado en lugar seguro, el celebrante y los diáconos limpiaban los cálices y las patenas y se purificaban con agua los dedos que habían estado en contacto con las sagradas Especies. Faltaba poner en ejecución un deber impuesto por Dios y la misma naturaleza; es el testimonio de la gratitud. Gracias infinitas debemos dar á Nuestro Señor por todos los beneficios recibidos de su mano, mas por el mayor de sus beneficios ¿qué medios no debemos emplear para corresponderle? La vida del cristiano es y debe ser un continuo hacimiento de gratitud por el don inmerecido de la Eucaristía, y así lo practicaban los cristianos primitivos; pero esto no era suficiente; el beneficio se había concedido en público, por lo tanto á vista de todos se debían dar pruebas de fino agradecimiento; tal era el sentimiento que embargaba el espíritu de nuestros padres en la fe. No hay liturgia antigua, no existen constituciones, no se presentan testimonios que no manifiesten que aquellos cristianos, luego de haber comulgado en el sacrificio solemne, no dieran gracias en común. S. Atanasio, Eusebio y S. Agustín (1), dicen que los fieles después de la comunión daban con respeto gracias á Dios por la recepción de tal prenda; pero en qué consistía este hacimiento de gracias, es lo que vamos á estudiar.

Es verdad que lo que públicamente se practicaba después de la Comunión era una serie de oraciones, de las cuales aun hoy existen vestigios; pero el verdadero hacimiento de gracias consistía en la práctica de las buenas obras y en salir de la Comunión con más fervor, castidad, humildad, y la adquisición de otras virtudes; pero dejando este género de gratitud, y pasando al primero, observamos que el diácono y el pueblo, en la liturgia de Santiago, pronunciaban la oración siguiente: «Gracias te sean dadas, oh Cristo Dios nuestro, porque te has dignado hacernos partícipes de tu Cuerpo y de tu Sangre para remisión de los pecados y para la consecución de la vida

(1) Epist. 59 ad Paulin.

eterna; te rogamos á ti, que eres benigno y bueno, que nos preserves de la condenación eterna». Á continuación se seguía otra oración algo más larga, por la que se venían á pedir al Señor los mismos bienes que en la anterior. En las Constituciones Apostólicas, en las liturgias de S. Marcos y de los Etiopes, se recitan en substancia las mismas oraciones, sólo que en esta última, y en la de S. Basilio se alaba, bendice y glorifica á Jesucristo que se ha dignado conceder semejante beneficio; las Constituciones Apostólicas van aún más adelante, pues solicitan de este mismo Señor varios dones, entre otras cosas la confirmación en la verdad del Espíritu Santo; la luz del conocimiento cristiano; piden asimismo, por los sacerdotes, á fin de que sean conservados limpios en su culto, á los reyes en paz, á los magistrados en justicia, y que todo el mundo sea cubierto bajo su paternal providencia. Finalmente, ruegan por el pueblo, por las vírgenes, casados, solteros; por los bautizados y catecúmenos, y por todos, en una palabra, á fin de que todos obtengan los auxilios necesarios para conservarse fieles en su estado respectivo.

123. Es de advertir que el diácono, juntamente con los eclesiásticos, animaba á los fieles para que pagasen á Dios este espiritual tributo; por lo cual, en los primitivos tiempos, el pueblo, en unión de corazones y voces, daba gracias á Jesucristo con las oraciones y deprecaciones que en las Iglesias de sus territorios se acostumbraba á recitar.

124. Los Etiopes, siguiendo aquella primitiva liturgia que lleva el nombre de estos cristianos, recitaban tres veces la siguiente oración jaculatoria: «Padre nuestro que estás en los cielos, no nos dejes caer en la tentación; durante todos los días de nuestra existencia te bendeciremos, y alabaremos tu nombre por los siglos de los siglos». Luego seguían tres oraciones, en las que solicitan que por el santísimo Cuerpo y preciosa Sangre que han recibido, cree en ellos un corazón nuevo, á fin de que siempre crean en Él y obren sus mandatos; asimismo le dicen que se haga su voluntad y que les infunda un gran temor de ofenderle.

175. Después de la bendición que debía otorgar el obispo, decía el sacerdote (1): «Paz sea á todos» y el pueblo contestaba: «Y con tu espíritu». Á continuación, el diácono exclamaba: «Inclinemos todos la cabeza al Señor para recibir su bendición». El sacerdote recitaba otra oración y el obispo se disponía para bendecir al pueblo. Esta bendición se encuentra en muchos misales antiguos, y consistía en una deprecación que el sacerdote formulaba al fin de la misa, por la que pedía al Omnipotente bendijera al pueblo, solicitando al propio tiempo de su misericordia varios bienes, que expresan las Constituciones Apostólicas y algunas otras liturgias. Esto parece lo más probable, ya que antiguamente, cuando el obispo daba la bendición al pueblo antes de la comunión, no la repetía terminado el Sacrificio.

176. En general, ninguno de los fieles salía de la Iglesia antes de ser despedido. En su confirmación, decía San Juan Crisóstomo á su pueblo: «Habéis entrado en la Iglesia, no salgáis hasta que se os despida» (2). Semejante costumbre alcanzaba hasta los catecúmenos, pues no se atrevían á partir de la Iglesia hasta que el diácono lo indicase; por cuya causa los fieles no dejaban la santa Misa hasta que el diácono les despidiese con el *Ite in pace*: «Idos en paz», según se nota en las Constituciones Apostólicas, ó con el *Ite Misa est*; «Idos, ya se acabó la Misa», según se encuentra en un antiquísimo Orden Romano. Empero no partían en el momento de oír estas expresiones, sino que se detenían unos instantes, durante los cuales el sacerdote recitaba algunas preces canónicas (3). Finalizadas éstas, cada cual partía con reverencia del templo de Dios é iba á sus respectivos quehaceres, á excepción de aquellos diáconos, acólitos ó legos, que, según las circunstancias del tiempo, debían distribuir la Comunión á los impedidos. El sacerdote y ministros que habían quedado en el altar, se dirigían á

(1) Liturg. de Santiago y S. Basilio.

(2) *Ingressus es in Ecclesiam o homo ne exeat nisi dimittaris. Hom. de Ecclesia non contemn.*

(3) En las antiguas liturgias.

la sacristía, y, deponiendo con reverencia los ornamentos sagrados, daban término á la práctica más augusta de nuestra Religión divina.

177. Cuando todo esto había tenido lugar, los diáconos, otros inferiores ministros, y aún los simples fieles, llevados de insuperable caridad, emprendían un viaje que podía muy fácilmente costarles la vida. Se trataba de hacer participantes de los sagrados Misterios á sus propios hermanos en la fe, que habitaban las tristes lobregeces de inmundos calabozos, las sombrías grutas de escarpados montes, las oscuras prisiones de las minas, ó se hallaban sumidos en el lecho del dolor; á todos éstos, pues, deseaban proporcionar el Alimento espiritual que acababan de recibir, para estrecharse más y más con ellos en el espíritu, mediante una misma fe que de antemano profesaban, y la Carne y Sangre de Jesucristo, que convierten en un mismo ser espiritual á los que con devoción las reciben. En verdad que para llevar á cabo semejante empresa no era suficiente una caridad mediana, que á tanto no se atreve; ni menos un amor carnal y profano, porque no entiende de las cosas de Dios; era necesario un amor fuerte, y tal era el que abrigaban los conductores de la Eucaristía. ¡Quién contemplara á estos héroes procurarse una *encolpia* (1), unos purificados lienzos, ó una cesta de mimbres para encerrar en ellos el precioso Cuerpo del Salvador, y conducirlo á sus hermanos que con tanto anhelo lo esperaban! ¡Quién les viera caminar silenciosamente por las calles de la populosa ciudad, entrar en la celda del enfermo y en la tenebrosa cárcel del futuro mártir, atravesar los dilatados bosques, y penetrar en los hórridos desiertos habitados por ángeles humanos, á fin de concederles la inefable gracia de que eran portadores! Trabajo grande, que se repetía tantas cuantas veces la necesidad se imponía.

178. Con efecto: para llevar el Augusto Sacramento á los referidos lugares, los diáconos, ú otros cristianos, se va-

(1) Vasos de madera ó metal.

lían de la *Encolpia*. Ésta era un pequeño relicario que servía de custodia, dentro del cual encerraban las sagradas Hostias. Unas veces semejaba á una cajita en cuya parte superior, que servía de puerta, estaban dibujadas varias insignias de la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Redentor, ó también su monograma. Era de metales preciosos y la coronaba una cadenilla de la propia materia para llevarla colgada del cuello. La colocaban entre dos piezas de sus vestidos ordinarios y de este modo es como podían evitar con mayor facilidad las miradas de los paganos.

Otro de los modos con que conducían la Eucaristía, consistía en adecuarla á unos vasitos de oro ó plata, ó también de madera, arcilla ó cristal. No atendían aquellos cristianos tanto al valor de la materia del vaso cuanto á su decencia y limpieza, mayormente yendo acompañados de una intención envidiable; por eso no hay que extrañarse de los vasos de arcilla ó madera. S. Jerónimo hace mención de los vasos de cristal, dentro de los cuales se contenía la Sangre de Jesucristo, la que también conducían á los impedidos, y de unas cestitas de mimbres, en las que llevaban las santas Hostias. «Nadie más rico, dice, que aquél que lleva el Cuerpo del Señor en una cesta de mimbres y su Sangre en una ampolla de cristal» (1). Los blancos y finos lienzo sirvieron también de tabernáculos á Cristo Sacramentado. (Véase el fotograbado que representa á un cestito de mimbres sobre el pez nadando sobre las aguas. *Fotograbado 29.*)

Los encargados de transportar la Eucaristía eran ordinariamente los diáconos, de cuyo hecho hablan unánimemente los Santos Padres; pero no era tan exclusiva de ellos que no confiasen este santo ministerio á otros probados varones y aun á mujeres. Los acólitos eran los clérigos más afortunados en desempeñar semejante cargo: tenemos un ejemplo en S. Tarsicio mártir, el cual se dejó matar antes que entregar á unos paganos la Eucaristía que llevaba escondida en el interior de sus vestidos. Los legos también partici-

(1) Nihil illo ditius qui corpus Domini portat in vimineo canistro, et sanguinem in vitro.; epíst. ad Rusti, cap. 20.

paban de tal empleo, como se ve por un niño que condujo el sagrado Viático al viejo Serapión. Asimismo las mujeres llegaron á poseer una dicha semejante, según un Concilio de Reims, el cual no estaba conforme en que las mujeres se arrogasen el derecho de llevar la Eucaristía á los enfermos.

129. El Santo Sacramento era conducido en primer lugar á las casas particulares; pero en éstas no había tanta necesidad de que lo llevasen los diáconos y demás personas mencionadas, porque cada cual, el día que podía llegarse á la Iglesia, tomaba varias Sagradas Formas y las llevaba consigo á su casa; no obstante, algunas veces hubo necesidad de conductores, por hallarse impedidos aquellos cristianos en sus propias casas. En éstas había un altarcillo y un copón ó cajita, encima de varios manteles, dentro de los cuales se guardaban las santas Hostias, de las que comulgaban todas las mañanas los fieles antes de desayunarse.

Santa Gorgonia, (1) hermana de S. Gregorio Nacianceno, *tenía escondida en su aposento* la sagrada Eucaristía, y aplicándola á un grave mal que sufría, sanó inmediatamente. Filípico, yerno del emperador Mauricio, siendo llamado de noche por éste, y temiendo que peligrase su vida, recibió la Eucaristía *que guardaba en su casa*, antes de presentarse al referido emperador. De otra devota mujer se cuenta también, que *conservaba en su casa* el Pan de los ángeles, y que habiendo caído ciego un hijo suyo, llamado Acacio, ella, cogiendo dos Partículas consagradas y poniéndolas como cataplasma á los ojos de su hijo, curó repentinamente (2). Otros ejemplos he aducido en el discurso de esta obra, á los cuales remito al lector, por si no se contenta con los que aquí he reseñado.

Era conducida también la Eucaristía al domicilio de los enfermos, según hemos visto por los ejemplos referidos y por los que aduciremos al tratar de la Comunión de los dolientes. Igualmente era llevada á los solitarios, como describe S. Basilio, y veremos más adelante. Asimismo, Abraham

(1) S. Gregorio Nac.; in ser. fun. ej. sor.

(2) S. Agust., lib. 3 operis perfecti contr. Jul., n.º 164.

Echelense, al hablar de los ritos orientales, asegura que los cristianos que habían asistido al Sacrificio la transportaban á los pastores y labradores que por sus ocupaciones no habían podido asistir, ó porque sus casas distaban mucho de la Iglesia. Finalmente, en todos estos lugares había un verdadero templo que custodiaba al Sacramento Santísimo, y sus habitantes eran otros tantos adoradores que día y noche se ocupaban en cantar las divinas alabanzas ante la Augusta Majestad infinita. No hay motivo ninguno para dudar, principalmente en los tiempos de encarnizada persecución, durante los cuales solamente se permitía reservar la Eucaristía en las casas particulares, á excepción de los domicilios de los sacerdotes, que en tiempos bonancibles también la guardaron. ¿Qué habían de hacer, por consiguiente, aquellos fervorosos católicos, sin poder ir á las iglesias públicas, porque ó estaban arruinadas, ó porque difícilmente se podían congregarse en las mismas, sino practicar los ejercicios de piedad que en los felices tiempos solemnizaban en los templos? De ahí que á menudo, y por las mismas causas, se celebrase el tremendo Sacrificio en las casas particulares, á donde convenían los vecinos y aquéllos que tenían noticia de la solemnización. Dichosos y más que felices podían estar en aquellos tiempos los primitivos cristianos que poseían en sus domicilios lo que en nuestros tiempos, aún abundando en persecuciones, casi nadie puede obtener. Venturosos días podían prometer á su casa y familia, en la que se hospedaba, no por una noche, sino por meses y años el monarca Altísimo que rige los destinos del mundo.

180. Detengámonos ahora en el estudio de los convites de caridad, llamados Agapes, usados entre los primeros fieles.

Nuestro adorable Salvador aconsejó en cierta ocasión á uno de los que le habían convidado á su mesa: «Cuando des una comida, ó cena, no llames á tus amigos, ni á tus hermanos, amigos y vecinos ricos, no sea que te vuelvan ellos á convidar y te lo paguen; antes bien, llama á los pobres, lisiados, cojos y ciegos, y serás bienaventurado, por-

que no tienen con qué retribuirte y á ti se te galardonará en la resurrección de los justos» (1). Al pie de la letra, mayormente la segunda parte de esta divina autoridad, tomaron nuestros padres en la fe las mencionadas palabras. En ellas no se descubren sino tres excelentes virtudes; una inmensa caridad para con el prójimo; un laudable desasimiento de las riquezas, y una dulce esperanza del premio eterno. El que, siguiendo el consejo de Nuestro Señor Jesucristo acerca de los convites, se propusiese resplandecer en estas virtudes, diría yo que había participado del espíritu de nuestro buen Señor. Pero no otra cosa intentaban los católicos adalides de los primeros siglos; los que por providencia de Dios eran ricos de fortuna, convidaban á los cristianos pobres, hermanos suyos en la fe, no para que les pagasen aquella fineza con otro banquete, no para que les adulasen, no para que alabasen su generosidad, sino á fin de tener en el día del juicio á estos mismos pobres por abogados suyos que les proporcionarían especial corona de inmarcesible gloria. No prohíbe aquí el Señor que los ricos conviden á otros poderosos, ó á sus parientes, con tal que lo hagan con buen fin; pero como que suponiendo aún este buen fin no deja de haber en semejantes banquetes miras de pundonor, vanidad y ocasión de que los convidados repitan el festín y conviden por retribución al que por vez primera les llamara á su mesa, perdiendo parte del mérito, de ahí que diga el Salvador que, al celebrar un banquete, se llame á los pobres y desgraciados, pues en primer lugar, éstos representan á Nuestro Señor; y después, que los mismos no pueden pagar el convite con otro semejante, dejando de este modo la recompensa en manos del Altísimo.

Éste era el fin último de los convites de caridad que los cristianos celebraban en los primitivos tiempos; convites, que tenían otros dos fines secundarios; uno de ellos consistía en socorrer y dar un día feliz á los cristianos pobres, y á los fieles del lugar en donde se verificaban; el otro

(1) Luc. XIV, 12, 13, 14.